

Más allá de los evangelios

“Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro”
(Juan 20:30).

1^o
agosto

Los acontecimientos de la Pasión de Cristo tienen que ser verdad, no pueden ser ficción, fruto de la imaginación de los apóstoles o mitos resultantes de la fe pospascual de los evangelistas. Solo si son auténticos, históricos, podemos dar verosimilitud y confirmación al misterio de la salvación obrado por Cristo en esa semana. Pues bien, al menos uno de los personajes más relevantes en la historia de la crucifixión existió y dejó rastro más allá de los Evangelios: Poncio Pilato.

Pero hay más, ¿qué información sobre Jesús y su vida podemos encontrar en otros documentos que no sean los textos bíblicos? ¿Cómo recogieron autores latinos y judíos el eco de los acontecimientos evangélicos? En el año 115 d.C., Tácito, historiador romano, hablando de las persecuciones del emperador Nerón contra los cristianos dice: “Su nombre les viene de Cristo, que fue ejecutado bajo el mandato de Tiberio por el procurador Poncio Pilato”. Entre las fuentes judías, Josefo, historiador contemporáneo del apóstol Pablo y el Talmud son las más significativas. Josefo, en su libro *Antigüedades de los judíos*, cita una vez a Juan el Bautista y dos a Cristo; y el Talmud, más fiable y explícito, dice: “Nadie supo hallar nada en su defensa y fue colgado en la víspera de Pascua”.

Como dice Pedro: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 Ped. 1:16). Los eventos de la Pasión de Cristo en aquella Semana Santa, tal y como los encontramos en los Evangelios, son el vivo testimonio de quienes los presenciaron y vivieron y, por ello, el significado espiritual profundo que la teología cristiana les ha dado, es tan real y válido entonces, hoy y por los siglos, como los mismos hechos en los que se funda.

Con todo lo que se pueda decir, hay una prueba fundamental para demostrar la veracidad del relato sagrado sobre Jesús, a saber, su poder transformador en la vida humana. Hay miles de personas que pueden testificar sobre la manera en la que Jesús ha cambiado sus vidas. ¿Cómo se puede negar eso? Además, ¡lo que él ha hecho en tu vida y en la mía es un verdadero milagro!

Porque hay un Dios en los cielos... es tiempo de rogar al Señor que use nuestras vidas para contar a otros la historia de salvación, de cómo Jesús nació, vivió, murió y resucitó de los muertos y está próximo a venir.

El rostro de Jesús

*“Allí se transfiguró delante de ellos,
y resplandeció su rostro como el sol”*
(Mateo 17:2).

¿Cómo era Cristo? Un dibujante español, Luis Menéndez Pidal, hizo en 1920 un dibujo a lápiz basado en la impresión que supuestamente dejaron los fluidos de la cabeza del cuerpo muerto de Cristo en el sudario de Turín; reprodujo el rostro de aquel negativo. Pero esa reliquia es falsa, no envolvió el cuerpo muerto de Jesús porque se ha demostrado por las pruebas del carbono 14 que la tela corresponde a la Edad Media. Además, ese dibujo pretende describir el rostro de un Cristo muerto, mientras que los Evangelios y las Epístolas nos muestran a un Cristo vivo porque describen los rasgos morales, las cualidades espirituales reflejadas en su rostro. He aquí algunos ejemplos.

Un texto de Lucas nos dice que Cristo tuvo un rostro intrépido: “Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (9:51). Hay vidas que se crecen en las adversidades; el rostro de Cristo era de esos que, ante las pruebas, se muestran resueltos, con arrojo, serenos, valientes.

Pedro nos describe un rostro que no hace componendas con el pecado: “El rostro del Señor está contra aquellos que hacen mal” (1 Ped. 3:12). Ese rostro muestra la precisión moral con la que Dios considera al mal. Asimismo, el Cristo de los Evangelios no escondía su enfado ante el cinismo de los fariseos (Mar. 3:5).

En Getsemaní, Cristo mostró un rostro suplicante y a la vez sumiso: “Se postró sobre su rostro, orando y diciendo: ‘Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú’ ” (Mat. 26:39). Cristo sintió el peso de los pecados de la raza humana, pero aceptó la voluntad del Padre. La culpa del pecado fue agonía en su espíritu y obediencia en su rostro.

Debido al odio feroz de quienes lo condenaron y asesinaron, Cristo reveló un rostro humillado que, en realidad, era un semblante de amor compasivo: “Entonces lo escupieron en el rostro y le dieron puñetazos” (Mat. 26:67), un rostro ensangrentado, coronado de espinas. Sobre aquel rostro se ensañó la furia del infierno, pero él soportó con firmeza. ¡Magnífico ejemplo para todos! Asimismo, en el monte de la transfiguración “resplandeció su rostro como el sol” (Mat. 17:2).

Todos nosotros podemos tener el rostro de Cristo, podemos reproducir en nuestras vidas sus rasgos de carácter mediante la contemplación (2 Cor. 3:18). Que sea esa nuestra oración en esta mañana.

¿Soy yo, Maestro?

3

agosto

*“Entonces, respondiendo Judas, el que lo iba a entregar, dijo:
‘¿Soy yo, Maestro?’”
(Mateo 26:25).*

Jesús y Judas están frente a frente. Aunque las versiones de la última cena que nos presentan los cuatro evangelistas tienen diferencias importantes, hay un hecho que ninguno omite: la declaración de Jesús de que iba a ser entregado por uno de los doce y las reacciones que esto produjo en ellos. Todos tenían la sensación de estar viviendo momentos muy trascendentes y que algo importante iba a suceder, pero cuando el Maestro dijo con tristeza: “De cierto, de cierto os digo que uno de vosotros me va a entregar” (Juan 13:21), se entristecieron en gran manera y comenzó a escucharse el grito de sus conciencias: “¿Soy yo, Señor?”

En el cenáculo, junto al Maestro, hubo dos tipos de conciencia: las conciencias de los once (incluida la de Pedro que le negaría poco después tres veces), sensibles, abiertas, sinceras; y la conciencia de Judas, insensible, rigurosa, hipócrita. Por eso Jesús hizo a la conciencia de Judas apelaciones cada vez más directas:

1. Durante el lavamiento de los pies, Jesús acarició en silencio las extremidades de su discípulo.
2. En la mesa, Jesús dijo: “Uno de vosotros me va a entregar” (Mat. 26: 21). Un poco más tarde, el Señor precisó: “El que mete la mano conmigo en el plato” (26:23). Recurrió después a la amenaza directa: “¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado! Bueno le fuera no haber nacido” (26:24). Juan se acercó al Maestro y le preguntó: “Señor, ¿quién es?” Y Jesús respondió: “A quien yo le dé el pan mojado, ése es. Y, mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón” (Juan 13:6). Y su último intento de hablar directamente al corazón de Judas fue la respuesta a la pregunta hipócrita que Judas le dirigió: “¿Soy yo, Maestro?” Jesús le respondió: “Tú lo has dicho”.
3. Satanás, en ese momento, entró en él, dice el texto, así que Cristo le increpó: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto” (Juan 13:27).
4. Este triste relato acerca de Judas y su conciencia concluye con una siniestra declaración del evangelista: “Cuando él tomó el bocado, salió en seguida. Era ya de noche” (Juan 13:30).

Cuando la conciencia resiste impasible las bondadosas invitaciones del Señor, la luz de Dios que nos ha rodeado desaparece y nos envuelven las tinieblas de la obcecación y de la sinrazón. Satanás toma posesión de nuestra vida y nadie puede imaginar entonces a qué extremos de maldad podemos llegar. Judas entregó a Jesús a sus enemigos y luego se ahorcó.

¡No te negaré!

“Pedro le dijo: ‘Aunque tenga que morir contigo, no te negaré’ ”
(Mateo 26:35).

La historia de Pedro ilustra mejor que ninguna el método educativo de Cristo (*La educación*, p. 80). De carácter espontáneo, impetuoso, incluso temerario, confiado en sí mismo, aunque generoso para perdonar, los evangelistas nos cuentan cómo con paciencia y amor inteligente, Jesús lo reprendió; le enseñó humildad, obediencia y confianza, transformando su carácter. Una de las experiencias más significativas y decisivas en su vida fue la negación de Cristo en el patio de la casa del sumo sacerdote y su posterior arrepentimiento.

Pedro, el apóstol controvertido, el portavoz de todos, amaba genuinamente a su Maestro y confiaba en él. Entonces, ¿por qué lo negó tres veces? ¿Cómo es posible que llegase a maldecir y a jurar gritando que no conocía a Jesús? ¿Cuál fue el pecado de Pedro? ¡Pobre Pedro! Sí, tenía una conciencia sincera, cargada de buenas intenciones pero inestable. Él no se conocía así mismo. En realidad, pecó de exceso de confianza; falló en aquello en lo que parecía ser más fuerte porque estaba movido por la vanidad y la suficiencia propia. Pedro pecó de superficialidad, el pecado de aparentar y no ser, de no haber profundizado la realidad de su experiencia religiosa. Es más difícil vivir cada día nuestra fidelidad a Dios que morir en un momento de sacrificio.

Pero, a diferencia de Judas, el arrepentimiento de Pedro fue más importante que su pecado (siempre es así). Dos cosas llevaron a Pedro a la contrición: un signo externo, el canto del gallo, y un signo interno, la mirada de Jesús. El arrepentimiento tiene su origen en el amor divino. No fue Pedro quien miró a Jesús cuando pasaba, fue Jesús quien se volvió para mirar a Pedro. Y el primer fruto de su aflicción fue el reconocimiento de su pecado, las lágrimas amargas que derramó. Después, la soledad, el recogimiento; más tarde, la confesión cuando respondió al Maestro que le preguntó: “ ‘Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?’ ” Le respondió: “ ‘Sí, Señor; tú sabes que te quiero’ ” (Juan 21:15). Finalmente, la reparación, cuando valientemente denunció al sanedrín, afrontó la prisión y la muerte. La transformación de Pedro fue un milagro del amor divino.

Todos cometemos errores. El gran triunfo de Pedro fue reconocer los suyos y buscar a Jesús, quien siempre estuvo dispuesto a recibirlo.

Hoy da gracias a Dios por su profundo amor hacia ti. Él conoce tus carencias y fallos. Pero lo importante es que no te separes de su lado. Así, la transformación de tus gustos, anhelos, actitudes y reacciones testificará que hay un Dios en los cielos.

El lenguaje del silencio

.....

5

agosto

“Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho, porque hacía tiempo que deseaba verlo, porque había oído muchas cosas acerca de él y esperaba verlo hacer alguna señal. Le hizo muchas preguntas, pero él nada le respondió”

(Lucas 23:8, 9).

Hablando de la Pasión de Cristo, el profeta Isaías había anunciado: “Como un cordero fue llevado al matadero [...] enmudeció y no abrió su boca” (Isa. 53:7). En efecto, en ningún otro lugar del Evangelio, los silencios de Jesús son más elocuentes y significativos que en las escenas de la Pasión.

Los evangelistas subrayan que Jesús *callaba* cuando Caifás, el sumo sacerdote, después de escuchar testigos falsos en el juicio religioso, le dijo: “¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos contra ti?” (Mat. 26:62). En la casa del sumo sacerdote, Jesús miró de lejos a Pedro, que acababa de negarle, pero no hizo *ningún comentario* (Luc. 22:61). *No respondió* a Pilato cuando, en el pretorio romano, los príncipes de los sacerdotes y los ancianos lo acusaban (Mat. 27:12, 14). *Tampoco dijo nada* cuando el pueblo prefirió a Barrabás. *No se lamentó o protestó* cuando fue brutalmente azotado, escarnecido y coronado con una corona de espinas (Juan 19:1-3). En silencio, desgarrado por el dolor y la humillación, apareció ante el pueblo (Juan 19:5, 6). Ni siquiera a Pilato *le dio respuesta* cuando este le preguntó: “¿De dónde eres tú?” (Juan 19:9). Y *quedó mudo*, impávido, cuando el gobernador lo condenó a muerte: “Lo entregó a ellos para que fuera crucificado” (Juan 19:16). La frase aparece con algunas variantes en los cuatro Evangelios.

En medio de todos estos silencios se inscribe el silencio de Jesús ante Herodes: silencios de vergüenza ajena, silencios de profunda tristeza, silencios de reprobación, silencios de condenación. El silencio de Jesús ante Herodes no fue por temor, ni por menosprecio o indiferencia, menos aún por debilidad. Aquel que era el Verbo divino ahora callaba, ¿por qué?

El silencio de Jesús ante Herodes fue la expresión de un acto de juicio: juzgó su frivolidad, su irreverencia hacia las cosas santas. Juzgó su rechazo de la verdad que le había presentado el mayor de los profetas, Juan el Bautista. Juzgó su sensualidad y su crueldad matando al siervo de Dios. Juzgó su conciencia insensible, culpable, sin capacidad de arrepentimiento. Sí, Jesús guardó muchos silencios en las escenas de la Pasión porque “cuando no hay oídos para escuchar, Jesús no tiene labios o boca para hablar”.

Te invito a aprovechar el silencio. Apaga la televisión y el reproductor de sonido. Prepara tus oídos para escuchar, y te darás cuenta de que hay un Dios en los cielos.

6

agosto

Cristo o Barrabás

.....

“Reunidos, pues, ellos, les preguntó Pilato: ‘¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo?’”

(Mateo 27:17).

De todos los contrastes de las escenas de la Pasión, el más sorprendente y significativo es, sin duda, el relato de Cristo y Barrabás. ¿Quién era Barrabás? Reuniendo todos los datos bíblicos, sabemos que era un preso famoso que, según algunos códices, se llamaba Jesús Barrabás. Era un bandido y un homicida. Elena de de White añade: “Este hombre había aseverado ser el Mesías. Pretendía tener autoridad para establecer un orden de cosas diferente para arreglar el mundo. [...] Bajo el manto del entusiasmo religioso, se ocultaba un bribón empedernido y desesperado, que solo procuraba cometer actos de rebelión y crueldad” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 681).

Pilato quería usar el enorme contraste moral y humano existente entre Cristo y Barrabás para despertar en el pueblo el sentido de justicia y suscitar su simpatía por Jesús: “¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo?” La respuesta parecía obvia, pero Pilato se equivocó: “Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiera a Barrabás y que se diera muerte a Jesús” (Mat. 27:20) y la respuesta del pueblo fue elegir a Barrabás. Cuando Pilato quiso interceder nuevamente por Jesús, ellos volvieron a dar voces gritando: “¡Sea crucificado!”

¿Cuál fue el proceso psicológico de esta absurda, inicua, injusta, infame y cruel respuesta? Es a través de la conciencia, iluminada y esclarecida por el Espíritu Santo, que Dios nos revela su voluntad y nos convence, pero los líderes religiosos de Jerusalén habían quebrantado sus conciencias mediante tres acciones lamentables: en primer lugar, condenaron a Jesús a muerte antes de juzgarlo; en segundo lugar, usaron todo tipo de intrigas para llevar a cabo sus planes, sin importarles la fabricación de pruebas y testigos falsos; en tercer lugar, manipularon al pueblo para que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús, incluso insinuaron a Pilato veladas amenazas de denunciarle ante el César si lo soltaba.

Cuando se anula la conciencia, las pasiones se desatan, y se pueden cometer los actos más horribles y elegir las opciones más absurdas. Por ello, cuando necesitamos escoger entre Cristo y “Barrabás”, estemos plenamente seguros de que tenemos una conciencia limpia y esclarecida.

Hoy es tu oportunidad de elegir a Jesús. Hazlo y decide vivir tu vida para honrar su nombre.

¿Qué haré de Jesús llamado el Cristo?

.....

7

agosto

“Pilato les preguntó: ‘¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?’ Todos le dijeron: ‘¡Sea crucificado!’”
(Mateo 27:22).

De todos los interlocutores de Jesús en las escenas de la Pasión, Pilato fue el que dialogó más tiempo con él. Juan registra esos diálogos. Ante la sorpresa de que el pueblo hubiera escogido a Barrabás para ser soltado, Pilato formuló una pregunta cuya respuesta la expresaron de muy distintas maneras cada uno de los personajes de la Pasión: “¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?” Todavía hoy, la humanidad escucha la misma pregunta y responde a ella con devoción y fe, o con indiferencia o desdén.

¿Cómo respondió Pilato a su propia pregunta? ¿Cuál fue su pecado más grave? Como gobernador romano, había oído hablar de Jesús, de sus curaciones, sus discursos y de su oposición a las autoridades religiosas. Posiblemente, con una cierta curiosidad y admiración, lo consideraba, sin haberlo visto, un excepcional maestro judío. Jesús de Nazaret no era para Pilato un agitador peligroso. La compañía al mando de un tribuno que, con autorización suya, acompañó a los ministriles que lo arrestaron, no tuvo que intervenir, ni se produjo un tumulto o desorden público, como las autoridades judías le habían advertido.

Durante el juicio, bastaron pocos minutos para que el gobernador se diera cuenta de la dignidad, la majestad, la serenidad y grandeza de aquel Hombre. En un momento, su esposa, Claudia Prócula, sin respetar el estatuto romano que prohibía interferir en un proceso judicial, le envió un mensaje a Pilato: “No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por causa de él” (Mat. 27: 19). Por un momento, la muerte de Jesús en la cruz dependió del sueño de una mujer romana, pero no fue escuchada.

Pilato deseaba librar a Jesús de la muerte, pero también quería satisfacer al pueblo (Mar. 15: 15). Según Lucas, cuatro veces declaró a Jesús inocente y, según Mateo dos veces Jesús fue llamado justo. Pilato intentó desentenderse de aquel juicio y lo remitió a Herodes. Pero lo mandó azotar. Y, finalmente, no supo o no quiso resolver el dilema entre la justicia y la presión del pueblo y, lavándose las manos, entregó a Jesús para que fuese crucificado.

El pecado más grave de Pilato no fue lo que hizo, sino lo que no hizo: no liberó a Jesús sabiendo que era inocente por temor a perder su posición. Y aunque declaró, “¡Este el hombre!”, es decir, el hombre por excelencia, no lo hizo su Salvador personal.

¿Y tú? ¿Qué harás con Jesús este día? Tu respuesta es muy importante.

¡Este es el hombre!

.....

“Y salió Jesús llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Pilato les dijo: ‘¡Este es el hombre!’”
(Juan 19:5).

Después de haber sido azotado, Jesús fue humillado por los soldados romanos que le pusieron un manto de púrpura, le pusieron una corona de espinas en las sienes, una caña en la mano derecha y pasando delante de él, rodilla en tierra, se burlaban diciendo: “¡Salve, rey de los judíos!” Además, lo escupían, lo golpeaban con una caña en la cabeza y lo abofeteaban. Así fue presentado de nuevo al pueblo. No obstante, a pesar de haber sido torturado, su rostro seguía emanando misericordia: “El semblante del Salvador no estaba desfigurado delante de sus enemigos. Cada rasgo expresaba bondad y resignación y la más tierna compasión por sus crueles verdugos. [...] Algunos de los espectadores lloraban. Al mirar a Jesús sus corazones se llenaron de simpatía. Aún los sacerdotes y príncipes estaban convencidos de que era todo lo que aseveraba ser” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 684). Pilato, afirmando de nuevo la inocencia de Jesús, se lo presentó diciendo: “¡Este es el hombre!”

¿Por qué usó el procurador romano esta frase para referirse a Jesús? No lo sabemos. Sin embargo, pronunció una gran verdad, ya que Jesús era el Verbo de Dios que se había hecho hombre para salvar a la raza humana. Gracias a eso, se convirtió en el representante de toda la humanidad ante Dios tomando sobre sí sus pecados y muriendo por ellos en la cruz del Calvario. Este acto demostró el enorme valor que tiene cada ser humano para Jesús, sin importar el color de su piel, su nacionalidad o su credo, ya que él nos amó y dio su vida por nosotros antes de que creyéramos en él: “Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:8).

Los líderes judíos, aunque convencidos de que Jesús era lo que aseveraba ser, gritaron todavía con más fuerza: “¡Crucifícale! ¡Crucifícale!” Este encuentro con los sacerdotes y príncipes de Israel significó la quiebra, la ruptura definitiva del Mesías con el pueblo de la promesa. En su presentación a los judíos por Pilato, Jesús pasaba a ser el Mesías, el Hombre, el Redentor y Salvador de toda la humanidad a quien representaba.

¿Tienes graves dificultades y no sabes cómo enfrentarlas? ¿Te agobian las presiones de la vida? ¿Vives grandes perplejidades? ¡Busca a Jesús! ¡Este es el Hombre que puede ayudarte a superar cualquier obstáculo!

El vía crucis de Cristo y el nuestro

*“Cuando lo llevaban, tomaron a cierto Simón de Cirene,
que venía del campo, y le pusieron encima la cruz
para que la llevara tras Jesús”*
(Luc. 23:26).

9

agosto

La cruz de los ajusticiados se componía de dos maderos: el vertical, de unos tres metros de altura que se introducía en un agujero en el lugar de la crucifixión; y el horizontal, llamado *patibulum*, que debía ser llevado por el condenado hasta el lugar del suplicio. Jesús solo pudo llevar aquel madero un corto trecho del vía crucis, debilitado por la cruel flagelación, sin comer y exhausto tras la larga noche de angustia en Getsemaní. ¿Quién llevaría la cruz de aquel condenado? Como era una ignominia, nadie estaba dispuesto a cargar una cruz.

Simón Cireneo pasaba por allí y se encontró con aquel cortejo de muerte. Vio a Jesús coronado de espinas, el rostro ensangrentado y desfallecido en tierra; sintió compasión, se paró, protestó y los soldados le obligaron a llevar la cruz. Los Evangelios no informan si Jesús y Simón cruzaron alguna palabra pero, sin duda alguna, se miraron. Seguramente, la mirada de Cristo fue una mirada de humana gratitud y de divina compasión, una mirada de irresistible llamamiento.

Siguiendo el ejemplo del buen samaritano de la parábola, Simón Cireneo se apiadó, no permaneció neutral, no tuvo temor de tomar posición a favor de Jesús, y aquel encuentro resultó ser para él providencial. Aquel hombre llevó la cruz de Cristo hasta el Gólgota. Pero al llegar al Calvario, Simón Cireneo no fue crucificado en ella. Aquella muerte, aquel sacrificio solo le estaba reservado al Hijo de Dios.

¿Qué significa aquel hombre llevando la cruz de Cristo y marchando detrás de él? ¿Qué significa para nosotros como creyentes? Simón Cireneo es prototipo del hombre pecador. Cargado con una cruz, Simón parecía un condenado a muerte camino del suplicio, pero no murió, Cristo murió en su lugar. Asimismo, la cruz de Simón es la cruz del sufrimiento humano. Los dolores, las angustias, las tragedias humanas, están representados por la cruz del cireneo, cuya liberación ocurre cuando Jesús da su vida por nosotros. Simón y su cruz personifican también a los creyentes y discípulos de Cristo que aceptan cargas y sacrificios, que afrontan el oprobio y la vergüenza por llevar la cruz del Salvador en este mundo. Cristo, delante; Simón, cargado con una cruz detrás camino del Calvario, es un emblema de la unión de lo humano y lo divino en el plan de la salvación.

Porque hay un Dios en los cielos... cuando te toca cargar tu cruz al lado de Jesucristo. Es un privilegio. Al final tendrás una gloriosa recompensa.

10
agosto

La crucifixión

.....

“Cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, lo crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda”
(Lucas 23:33).

En 1968, se encontraron en un antiguo cementerio de Jerusalén los restos de un joven de 25 años que había sido crucificado a mediados del siglo I d. C. Se trata del testimonio arqueológico más semejante a la crucifixión de Jesús. La Calavera era una pequeña elevación rocosa situada al noroeste de Jerusalén, a cien metros de la muralla, cerca de la puerta de Efraín. Allí crucificaron a Jesús junto con dos malhechores. La crucifixión era la muerte más cruel y vergonzosa usada por los romanos. Los judíos lo sabían y, con saña y odio feroz, pidieron a Pilato la crucifixión de Cristo.

La cruz de Cristo y sus sufrimientos significaron, en primer lugar, el cumplimiento de muchas profecías del Antiguo Testamento: “Por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores” (Isa. 53:12. Véase Luc. 23:33, 34); “Desgarraron mis manos y mis pies. [...] Repartieron entre sí mis vestidos y sobre mi ropa echaron suertes” (Sal. 22:16-18. Ver Mat. 27:35); “Me pusieron además hiel por comida y en mi sed me dieron a beber vinagre” (Sal. 69:21. Ver Mat. 27:34, 48).

La cruz de Cristo fue también un testimonio vivo del perdón divino. Jesús no invocó maldición ni venganza contra los soldados, los sacerdotes y fariseos que le estaban asesinando. La cruz del Calvario confrontó, por última vez, a Cristo y Satanás. Fue expresión del frenesí satánico contra el Hijo de Dios, el clímax de su rebelión y oposición al Creador. Fue, a la vez, la confirmación de su ruina y su derrota definitiva.

Pero la cruz de Cristo, sus sufrimientos y muerte, fueron también una oportunidad final de arrepentimiento, de conversión y de fe para el buen ladrón que estaba muriendo a su lado. Dice la sierva del Señor: “En Jesús, magullado, escarnecido y colgado de la cruz, vio al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. ‘Señor, acuérdate de mí —exclamó—, cuando vinieres en tu reino’. [...] ¡Cuánto agradecimiento sintió entonces el Salvador por la expresión de fe y amor que oyó del ladrón moribundo!” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 698). Y la respuesta de Cristo no se hizo esperar: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Luc. 23:43). Con estas palabras, Cristo significó que la cruz es garantía, promesa, prenda de la vida eterna, entonces, ahora y siempre.

¡Agradece hoy a Dios el bendito don de Jesús!

Amor filial en el umbral de la muerte

11
agosto

“Cuando vio Jesús a su madre y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: ‘Mujer, he ahí tu hijo’.

Después dijo al discípulo: ‘He ahí tu madre’.

Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”

(Juan 19:26, 27).

Mateo dice que, cuando fue crucificado, muchas mujeres que le habían seguido desde Galilea para servirle se quedaron mirando de lejos a Jesús (27:55), pero Juan indica que al pie de la cruz estuvieron “su madre y la hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena” (19:25). Estas mujeres fueron testigos de los horrores de la crucifixión; escucharon la furia satánica de sacerdotes y escribas que le escarnecían; presenciaron la brutal ejecución de la soldadesca romana; les sobrecogieron con espanto los fenómenos naturales que acompañaron la muerte del Salvador: las tinieblas que envolvieron al Gólgota y el terremoto que fracturó las peñas. Aquellas mujeres vieron con angustia los sufrimientos agónicos de Jesús y sintieron en sus cuerpos la punzada de un dolor profundo indecible.

Pero María, la angustiada madre del Salvador, sufrió de manera particular este instante. En un determinado momento, ante el brutal espectáculo, Juan debió retirarla del lugar de los padecimientos de su hijo: “Vio sus manos extendidas sobre la cruz; se trajeron el martillo y los clavos, y mientras estos se hundían a través de la tierna carne, los afligidos discípulos apartaron de la cruel escena el cuerpo desfallecido de la madre de Jesús” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 693). En el momento de morir, cuando sentía que le faltaba la respiración, en los estertores de la muerte, Jesús recorrió con la mirada a los que estaban cerca de la cruz y, al ver a su madre, dijo: “Mujer, he ahí tu hijo”; y luego dirigiéndose a Juan, le dijo: “He ahí tu madre”. Elena de White comenta de nuevo: “¡Oh Salvador compasivo y amante! ¡En medio de todo su dolor físico y su angustia mental, tuvo un cuidado reflexivo para su madre! No tenía dinero con que proveer a su comodidad, pero estaba él entronizado en el corazón de Juan y le dio a su madre como legado precioso. [...] El perfecto ejemplo de amor filial de Cristo resplandece con brillo siempre vivo a través de la neblina de los siglos” (*ibid.*, p. 700).

Porque hay un Dios en los cielos... cuida, ama y protege a las personas que tienes a tu cargo.

“Elí, Elí, ¿lama sabactani?”

.....
 “Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo:
 ‘Elí, Elí, ¿lama sabactani?’ (que significa: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por
 qué me has desamparado?’ ”
 (Mateo 27:46).

El plan trazado por la Deidad para salvar a la humanidad es denominado “misterio” en el Nuevo Testamento y se hace referencia a él de diferentes modos: “El misterio del reino” (Mar. 4:11); “el misterio de la piedad” (1 Tim. 3:16); “el misterio de la fe” (1 Tim. 3:9); “el misterio de Dios y Cristo” (Col. 2:2); “el misterio del evangelio” (Efe. 6:19); “el misterio de su voluntad” (Efe. 1:9). En efecto, el misterio de la salvación tiene implicaciones que pueden resultar difíciles de comprender sin ejercer la fe: la encarnación del Hijo de Dios, su anonadación siendo Dios; las nociones de sustitución, propiciación, expiación, muerte y abandono del Padre; todo ello es un misterio insondable pero, como dice Pablo, ese misterio ha sido revelado (Efe. 1:9). En los dramáticos actos de la Pasión de Cristo, lo sobrenatural está íntimamente unido al más crudo naturalismo de los sufrimientos, la angustia agónica y finalmente la muerte real soportada por el Hijo del Hombre. Nos sorprende el clamor de Cristo en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” ¡Desgarrador! ¿Tenía el amado Salvador que pasar solo aquel trance de dolor y muerte? ¿No había dicho Cristo a los judíos: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17)? ¿Dónde estaba el Padre mientras Jesús agonizaba en la cruz?

“Sobre Cristo como sustituto y garante nuestro fue puesta la iniquidad de todos nosotros. [...] Pero en estos momentos, sintiendo el terrible peso de la culpabilidad que lleva, no puede ver el rostro reconciliador del Padre. Al sentir el Salvador que de él se retraía el semblante divino en esta hora de suprema angustia, atravesó su corazón un pesar que nunca podrá comprender plenamente el hombre. [...] Como fúnebre mortaja, una oscuridad completa rodeó la cruz. [...] En esa densa oscuridad, se ocultaba la presencia de Dios. [...] Dios y sus santos ángeles estaban al lado de la cruz. El Padre estaba con su Hijo. Sin embargo, su presencia no se reveló. [...] En aquella hora terrible, Cristo no fue consolado por la presencia del Padre” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 701, 702).

Cuando reflexionamos sobre los sufrimientos y la muerte de Cristo en el Calvario, el realismo estremecedor de esas escenas nos hace pensar que solo pudo tener lugar por un amor infinito hacia la humanidad, por ti y por mí.

¡Consumado es!

*“Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: ‘¡Consumado es!’
E inclinando la cabeza, entregó el espíritu”
(Juan 19:30).*

13
agosto

Lucas y Juan son los únicos que describen el momento mismo de la muerte de Jesús. Ambos coinciden en señalar que el Señor entregó su espíritu. Pero Juan añade una corta frase de Jesús que, sin duda, cuando escribió su Evangelio a finales del siglo I, había adquirido un profundo significado en la iglesia primitiva: “¡Consumado es!” La sexta palabra de Jesús en la cruz que, como el resto de las cuatro últimas, tiene que ver con su obra de salvación. En efecto, el significado múltiple del verbo empleado aquí puede ser “ejecutar”, “cumplir”, “consumar”, “acabar”, “pagar”, pero ¿qué? ¿De qué se trata? De la salvación del mundo, de la redención de la humanidad. Sus sufrimientos y su muerte iban a permitir al hombre pecador alcanzar la justificación y la vida eterna.

En la oración sacerdotal, Cristo ya había anunciado al Padre: “He acabado la obra que me diste que hiciera” (Juan 17:4). Ahora, en el momento de su muerte, confirma con un grito de victoria que esa obra ha sido consumada. El plan de la salvación, concebido desde antes de la fundación del mundo, ha sido ejecutado. Se han cumplido los anuncios de los profetas mesiánicos. Se ha pagado el rescate para librar al hombre de la esclavitud del mal. Finalmente, se ha logrado el objetivo de la encarnación del Hijo de Dios. La muerte de Cristo en la cruz no fue el fracaso de su ministerio en esta tierra; no sucumbió ante la crueldad, las pasiones y el odio de los que le crucificaron. Su muerte fue una victoria contundente y su grito final, “¡Consumado es!”, un clamor de triunfo que resonó en el Calvario, en este mundo, en los cielos y por la eternidad. “Todo el cielo se asoció al triunfo de Cristo. Satanás, derrotado, sabía que había perdido su reino. [...] El clamor, “Consumado es”, tuvo profundo significado para los ángeles y los mundos que no habían caído. La gran obra de la redención se realizó tanto para ellos como para nosotros. Ellos comparten con nosotros los frutos de la victoria de Cristo. [...] Satanás vio que su disfraz le había sido arrancado. Su administración quedaba desenmascarada delante de los ángeles que no habían caído y delante del universo celestial. Se había revelado como homicida. [...] había perdido la simpatía de los seres celestiales” (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 706, 709).

Así como Jesús terminó su obra, decidamos hoy cumplir la misión que él tiene para nosotros.

El camino a Emaús

.....

“Él les dijo: ‘¿Qué pláticas son éstas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?’ ”
(Lucas 24:17).

En el crepúsculo del día de la resurrección, dos discípulos de Jesús regresaban a su aldea natal, Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. En el camino iban hablando de lo que había sucedido y con profunda decepción reconocían haber perdido toda esperanza: “Pero nosotros esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel” (vers. 21). Habían visto sus milagros, oído sus mensajes, estaban seguros de que él era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, pero ahora todas esas convicciones habían quedado enterradas con él en un sepulcro.

Habían perdido también toda alegría. Sentían la nostalgia de un pasado que ya no volvería; sentían la tristeza de la separación, del vacío que deja la ausencia de alguien a quien habían amado. Sentían el desconsuelo de la muerte, del sepulcro en el que habían depositado a su Maestro. Sentían el abatimiento de la frustración, de la decepción, como si hubiesen vivido un espejismo, una ilusión o un sueño. Y es que la separación del Señor siempre produce tristeza; los que creen que se “liberan” se engañan a sí mismos.

Volver a Emaús era como volver al principio; volver a la pesca como Pedro, Juan y Santiago, desaparecer borrando todo lo vivido. Y, sin embargo, no podían ni sabían hablar de otra cosa. Nunca como entonces habían sentido cuánto necesitaban su presencia, cuánto lo amaban. Por eso Jesús se les apareció y caminó con ellos de regreso a Emaús.

¿Por qué no reconocieron a Jesús? Dice el texto: “Pero los ojos de ellos estaban velados” (vers. 16). Estaban velados por la incredulidad inconsciente de haber aceptado las esperanzas mesiánicas de sus contemporáneos. Habían colocado un prisma equivocado en la comprensión del ministerio de Jesús y todo lo veían a través de él y no estaban mentalmente preparados para asumir ni su muerte ni su resurrección. Por eso no reconocieron a Jesús. A pesar de todo, Cristo estaba caminando junto a ellos.

¿Has tenido alguna vez los ojos velados por las ideas preconcebidas? ¿Te has sentido decepcionado, triste, desilusionado de tu profesión religiosa porque las cosas no han marchado como tú esperabas? ¿Has pensado alguna vez en abandonar, en regresar a Emaús? Jesús, sin que lo sepamos, camina con nosotros por los caminos de la duda, de la decepción o del desencanto. Si queremos, él nos abrirá los ojos y nos confortará.

Porque hay un Dios en los cielos... cuando tienes muchas dudas y te agobian los interrogantes espirituales, ahí está él contigo, caminando a tu lado.

¡Quédate con nosotros!

15
agosto

“Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos. Pero ellos lo obligaron a quedarse, diciendo: ‘Quédate con nosotros, porque se hace tarde y el día ya ha declinado’ ”
(Lucas 24:28, 29).

Los discípulos de Emaús tenían los ojos velados y Jesús se los abrió. ¿Cómo lo hizo? Primeramente, hizo falta eliminar sus preocupaciones. En todas nuestras crisis, generalmente hacemos de nosotros mismos el centro de nuestras inquietudes, de modo que todo gire en torno a nosotros. El mejor remedio para la tristeza, la frustración o la depresión es ser capaz de olvidarse de uno mismo y ocuparse de otras cosas y de otras personas.

El Maestro les enseñó después a buscar las respuestas en las Escrituras. En la Biblia debemos tratar de encontrar la respuesta a nuestras dudas, perplejidades, crisis y preguntas. Asimismo, Cristo les enseñó a tener confianza en la Biblia.

Finalmente, Jesús les mostró la suprema necesidad de la muerte del Mesías. Aquellos discípulos no habían comprendido hasta ese momento que la muerte de Cristo era necesaria, estaba anunciada y que no fue un accidente desdichado de su ministerio. El Señor les dijo: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?” (Luc. 24:26). A continuación, les dio un estudio bíblico: “Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (vers. 27). La cruz, el sufrimiento y el dolor son un componente indispensable del discípulo. Ignorarlo es añadir al sufrimiento, el dolor de la incompreensión de los planes divinos.

Por fin llegaron a la aldea de Emaús. El día declinaba y el misterioso acompañante hizo como que iba más lejos. Pero los entusiasmados discípulos lo obligaron a quedarse. A través del estudio de las Escrituras estamos aprendiendo a conocer y apreciar la compañía de Jesús. El siguiente paso es invitarle a entrar en la intimidad de nuestra vida, sentarlo a nuestra mesa, cenar con él. Esto es lo que nos enseña la historia de los discípulos de Emaús. Es la experiencia magnífica de la comunión.

Y así reconocieron al glorioso Maestro resucitado. ¡Qué sorpresa! ¡Qué bendición! ¡Qué revelación! Cuando partía el pan desapareció de su vista (vers. 30). Entonces ellos reconocieron haber sentido el influjo sobrenatural de Jesús mientras les explicaba las Escrituras: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?” (vers. 32).

Hoy pídele a Jesús que te ayude a entender las Escrituras.

16
agosto

De regreso a Jerusalén

.....

“Levantándose en esa misma hora, volvieron a Jerusalén; y hallaron a los once reunidos y a los que estaban con ellos, que decían: ‘Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón’ ”
(Lucas 24:33, 34).

Jesús desapareció de la vista de los dos discípulos de Emaús en el mismo momento en que lo reconocieron. ¿Por qué? Durante más de tres años, aquellos hombres habían fundado su fe y confianza en Jesús en su presencia visible, audible, tangible. Habían formado parte de su círculo de amigos, habían sido testigos de las manifestaciones públicas de su divinidad. Pero cuando lo crucificaron y sepultaron dejaron de verlo y creyeron que lo habían perdido para siempre. Necesitaban ahora tener una presencia interior de Jesús en sus vidas, ver por la fe al Invisible. Por eso Jesús desapareció. Ya tenían evidencias de su resurrección. Ahora, como Tomás, necesitaban creer sin ver. Y es que todos necesitamos tener esa presencia interna de Cristo, una realidad interior no condicionada por las circunstancias, una presencia exclusivamente por la fe. Pero la fe integral no es tampoco un misticismo interno, carente de realismo.

Desde Emaús, posiblemente sin terminar de cenar, volvieron a Jerusalén. La noche, la oscuridad, el cansancio, los impedimentos, nada tiene valor cuando “arde el corazón” por haber visto a Cristo resucitado. Si en el viaje de ida iban despacio, con paso cansino, hablando con pesar, melancólicos, el camino de regreso a Jerusalén era ahora camino de gozo y no de tristezas, camino de certezas y no de dudas, camino sin Cristo al lado pero con Cristo dentro, camino de esperanza y no de nostalgias, camino de hallazgos y no de pérdidas, camino de victoria y no de fracaso. Era el mismo camino, pero mucho más corto ahora porque había fuego dentro de sus corazones. Reparemos en la expresión de gozo alborozado con que comienza y termina el Evangelio de Juan: “Hemos hallado al Mesías” (Juan 1:41; 20:25).

Así interpreta Elena de White el viaje de regreso a Jerusalén de los dos discípulos de Emaús: “La noche es oscura, pero el Sol de justicia resplandece sobre ellos. Su corazón salta de gozo. [...] Cristo ha resucitado, repiten vez tras vez. Tal es el mensaje que llevan a los entristecidos discípulos. Deben contarles la maravillosa historia del viaje a Emaús. Deben decirles quién se les unió en el camino. Llevan el mayor mensaje que fuera jamás dado al mundo, un mensaje de alegres nuevas, de las cuales dependen las esperanzas de la familia humana para este tiempo y para la eternidad” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 742).

Este día pide a Dios que encienda tu corazón de fervor espiritual.

Mirarán al que traspasaron

17
agosto

*“Pero sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén
derramaré un espíritu de gracia y de oración. Mirarán hacia mí,
a quien traspasaron, y llorarán como se llora por el hijo unigénito,
y se afligirán por él como quien se aflige por el primogénito”*
(Zacarías 12:10).

Al leer el relato de la crucifixión, observamos la reiteración que los evangelistas hacen del verbo mirar, como si verdaderamente quisiese significar que aquellas escenas del Gólgota resultaron ser un espectáculo para muchos: “El pueblo estaba mirando” (Luc. 23:35); “Los que pasaban le insultaban meneando la cabeza” (Mar. 15:29); “Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios” (Luc. 23:47); “Toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho” (vers. 48); “Pero todos sus conocidos, y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea, estaban mirando estas cosas de lejos” (vers. 49). Juan añade que los soldados que fueron a romper las piernas a los crucificados para que no quedasen allí durante el sábado, “como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. [...] Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero [...]. Y también otra Escritura dice: ‘Mirarán al que traspasaron’” (Juan 19:33-37).

Las miradas de odio y de escarnio de unos, las miradas de compasión y dolor de otros, la mirada de arrepentimiento y de fe del buen ladrón, las miradas de los curiosos ávidos de sensacionalismos o las miradas furtivas de los que pasaban, nos dice Juan que fueron el cumplimiento de la profecía de Zacarías, “mirarán al que traspasaron”. Pero, en realidad, ¿quiénes fueron los que traspasaron el costado del Salvador? ¿Qué desgarró su corazón y traspasó su alma más profundamente que aquella lanza su costado? Fue el pecado del mundo, la maldad de los hombres. Por eso todos debemos mirar al crucificado.

Pero la profecía de Zacarías no agotó su cumplimiento en el Calvario. Juan anunció un cumplimiento futuro, mucho más general y grandioso, cuando Jesús venga en las nubes de los cielos. Entonces, “todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron” (Apoc. 1:7). Y entonces, cada uno le verá según haya mirado hoy al crucificado. Todos, muy pronto, veremos a aquel a quien nuestros pecados traspasaron. Con qué confusión o con qué gozo. Imposible de expresar ni de presentir.

Miremos hoy al Salvador clavado en una cruz con una mirada profunda de fe, de amor, de esperanza y, cuando él vuelva, obtendremos la vida eterna.

Decálogo de la excelencia

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha”.
(Efesios 5:25-27).

Hoy quiero presentarte el Decálogo de la excelencia de la iglesia que Jesús ama, un pueblo cuyo ideal es presentarse ante el Señor sin “mancha ni arruga ni cosa semejante”:

1. *La iglesia no es perfecta pero la amamos.* Cuando la criticamos sin amor, nos infligimos un castigo a nosotros mismos. Solo la crítica nacida del amor puede generar cambios positivos.
2. *La excelencia es condición para la supervivencia.* Para la iglesia, la excelencia es mucho más que un ideal que hay que alcanzar, es imprescindible para sobrevivir.
3. *La excelencia se aplica a todos los individuos y dominios.* Tiene siempre carácter global.
4. *Excelencia en la cantidad y en la calidad.* Buscar la cantidad sin la calidad puede ser un signo de hipocresía. Buscar la calidad sin la cantidad es un signo de exclusivismo sectario.
5. *La evangelización, un factor de equilibrio.* Es la razón de ser de la iglesia y un factor de equilibrio frente a las agresiones del mundo.
6. *Los tiempos difíciles revelan el carácter de la iglesia.* Son la balanza que pesa la calidad de nuestros planes y hombres, forja de nuestros valores morales y espirituales, una apelación a la autocrítica, un altar donde ofrecer amor y consagración a Dios.
7. *El éxito no es jamás fruto de la improvisación.* Es el resultado de la reflexión inteligente, del esfuerzo perseverante y de la dependencia de Dios.
8. *La iglesia es una expresión individual y colectiva* de una fuerza serena y constructiva.
9. El mejor modelo de iglesia es el resultante de la *adecuación de la iglesia de ayer a las exigencias de hoy*, mientras prevenimos la iglesia de mañana.
10. Hay que sentirse orgulloso de *una iglesia inconformista con ella misma*, que no quiere ser tibia; que, aunque se la califique de cuitada, miserable, pobre, ciega y desnuda, está vestida de vestiduras blancas porque Cristo es su ideal de excelencia.

Pidamos a Dios que nos ayude a dar lo mejor a su iglesia.

Mayordomos de Dios

.....

*“Las riquezas y la gloria proceden de ti,
y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder,
y en tu mano el dar grandeza y poder a todos”*
(1 Crónicas 29:12).

19
agosto

En la Creación, Dios hizo todo “bueno en gran manera”. Le dio al hombre mucho más de lo que necesitaba para ser plenamente feliz; tanto su maravilloso cuerpo como la naturaleza que le rodeaba eran una manifestación del poder, de la gloria y del amor del Creador. Incluso después del pecado, la Providencia ha estado preservando al ser humano con infinita generosidad. Sin embargo, en el Edén, y después en esta tierra ensombrecida por el pecado, Dios no otorgó al hombre la propiedad de aquello de que dispone. Dios se reservó el título de propiedad. Adán era el administrador, tenía potestad, autoridad, como un mayordomo, pero no era suyo. Cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido, estaban actuando como si fueran dueños porque solo el propietario puede tomar libremente de lo que es suyo, el administrador debe estar autorizado y ¡Adán no lo estaba!

Muchos siglos después, al entregar a Salomón los planos del templo de Jerusalén y todo el oro que había guardado para su construcción, David pidió al pueblo que hiciera ofrenda voluntaria a Jehová y pronunció una plegaria de bendición donde reafirmó el fundamento de la mayordomía edénica: “Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” (1 Crón. 29:14).

Pero Dios ejerce como propietario dejándonos la libertad de obedecer o desobedecer sus órdenes. Tres pruebas hay de una fiel administración de los bienes de Dios: la consagración de la séptima parte de nuestro tiempo, el sábado; la devolución de la décima parte de los medios económicos que recibimos, el diezmo; y la liberalidad sistemática de ofrendas voluntarias de dinero, tiempo y talentos. Dios quiere que la mayordomía sea: una escuela en la formación del carácter erradicando el egoísmo, un testimonio sincero de confianza, gratitud, amor y fidelidad a Dios y una prueba de nuestra idoneidad para recibir un día las riquezas eternas del reino de los cielos.

No olvidemos que la mayordomía no es simplemente una cuestión de generosidad, sino también de honradez y, sobre todo, de amor, porque “es posible dar sin amar, pero es imposible amar sin dar”. Por eso Dios espera que “cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza ni por obligación, porque Dios ama al dador alegre” (2 Cor. 9:7).

20
agosto

La felicidad llegó tarde

.....

*“Sé que todo lo que Dios hace es perpetuo:
Nada hay que añadir ni nada que quitar.
Dios lo hace para que los hombres teman delante de él”*
(Eclesiastés 3:14).

Hace tan solo unos días escuché la noticia de un afortunado jugador de la “lotería primitiva” a quien le había correspondido el “gordo”, premiado con cien millones de euros! Era una fortuna inmensa. Este anónimo ganador estaba sin trabajo, pensando con el subsidio de desempleo que le daba el Gobierno, cuando le tocó la lotería.

No le sucedió así a Jesús Pacheco, otro ¿afortunado? que, durante la década de los ‘90, acertó una quiniela premiada con 48 millones de pesetas. Tenía 48 años. Llevaba 13 enfermo de silicosis contraída en su trabajo como minero. Y cuando la asfixia asediaba más cruelmente sus pulmones, como una feroz ironía de la suerte, llegaban a su casa 48 millones, uno por cada año de la aperreada vida que le tocó sufrir. Con la quiniela llegó un último ramalazo de esperanza: ¿Acaso ahora, con dinero, podría combatir el mal que lo atenazaba? Pero la enfermedad era ya más fuerte que el dinero. Dieciocho días después de aquel venturoso domingo del premio, falleció, con el único “consuelo” de dejar, al menos, resuelta la vida a su mujer y sus hijos. Para Jesús Pacheco, dijeron los periódicos, la “felicidad llegó tarde”.

Historias como esta nos llenan de preguntas, la mayor parte de ellas sin respuesta. Y no son pocos los que las dirigen contra Dios, pidiéndole, exigiéndole, un mundo más piadoso, más justo. ¿Por qué la vida de los hombres parece a veces construida de modo tan cruel? No lo sabemos, pero fenómenos como este no son el resultado del destino fatal, ni de la mala suerte, ni mucho menos de la divina providencia, sino del mundo, del estado de cosas que nosotros mismos nos hemos construido. ¿Es acaso el cielo responsable de que Jesús Pacheco viviera miserablemente en su Galicia natal, que tuviese que asumir un trabajo peligroso o que en las minas se trabajara en condiciones insalubres?

Todos los hombres, y no solo Jesús Pacheco, cuando buscan sus remedios y seguridades fuera de Dios, mueren a la puerta de la felicidad. Salomón sabía que solo Dios hace y ofrece la felicidad que permanece para siempre, la felicidad que nunca llega tarde, a la que no hay nada que añadir ni quitar, la felicidad del amor, de la fe y de la esperanza. Caminar hacia ella es la única manera posible de tenerla en este mundo.

Si no lo has hecho ya, emprende hoy el camino.

Hazme a mí primero

.....

“Elías le dijo: ‘No tengas temor: ve y haz como has dicho; pero hazme con ello primero una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela. Después la harás para ti y para tu hijo’ ”
(1 Reyes 17:13).

21
agosto

Una pertinaz sequía y el hambre estaban devastando al pueblo de Israel, cuando Elías llegó a casa de la viuda de Sarepta: “Cuando llegó a la puerta de la ciudad, había allí una mujer viuda que estaba recogiendo leña. Elías la llamó y le dijo: ‘Te ruego que me traigas un poco de agua en un vaso para que beba’. Cuando ella iba a traérsela, él la volvió a llamar y le dijo: ‘Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tus manos’ ” (1 Rey. 17:10, 11). La mujer le respondió: “¡Vive Jehová, tu Dios, que no tengo pan cocido!; solamente tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en una vasija. Ahora recogía dos leños para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo. Lo comeremos y luego moriremos” (vers. 12).

El profeta escuchó en paz a la viuda y le dijo: “No tengas temor: ve y haz como has dicho; pero hazme con ello primero una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela. Después la harás para ti y para tu hijo”. ¡Inconcebible! ¿Cómo podía pedir tal cosa el siervo de Dios? La petición de Elías estuvo fundada en una promesa explícita del Señor: “Porque Jehová, Dios de Israel, ha dicho así: ‘La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra’ ” (vers. 14). Y así fue. La mujer aceptó la prueba de fe y obedeció: “La viuda fue e hizo como le había dicho Elías. Y comieron él, ella y su casa, durante muchos días” (vers. 15).

Pensar primero en nosotros mismos es una opción equivocada porque finalmente es en Dios donde encontramos nuestra seguridad. Por nuestro propio bien y como un antídoto contra el egoísmo, esta historia nos enseña que Dios jamás depone su derecho a ocupar el primer lugar en nuestras vidas, que el yo jamás tiene prioridad sobre Dios. Dice Elena de White: “Muchos [...] no le dan a Dios la oportunidad de cuidarlos. Y el Señor no hace mucho por ellos, porque no le dan ocasión. Se preocupan demasiado por sí mismos, y creen y confían poco en Dios” (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, p. 177).

Pon hoy al Señor en primer lugar y confía en sus promesas.

22

agosto

Todos queremos más

“Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora, pues él dijo: ‘No te desampararé ni te dejaré’. Así que podemos decir con confianza: ‘El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre’”
(Hebreos 13:5, 6).

Recuerdo una canción popular de mi juventud que decía: “Todos queremos más, todos queremos más, todos queremos más y más, y más y mucho más”. En efecto, la vieja dialéctica que se dirime en la canción es la de *tener* o *ser*. Usando términos del apóstol Pablo, la actitud de la avaricia *versus* la actitud del contentamiento. Ambas son dos filosofías de la vida.

La actitud del contentamiento no significa renunciar al espíritu de superación. No aspirar a mejorar sería negar el ideal de perfección. El contentamiento al que se refiere Pablo en Hebreos 13:5 y en Filipenses 4:11, no tiene que ver con el ser sino con el tener, con la carencia o la posesión de bienes; lo que nos dice es que debemos saber vivir con lo que tenemos. Tampoco quiere decir que debemos adoptar una actitud de resignación con relación a nuestras necesidades reales. Pedimos a Dios el pan nuestro de cada día pero trabajamos y luchamos por conseguirlo. Pablo recomienda a los tesalonicenses: “Que si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Tes. 3:10). El contentamiento es la actitud de la confianza en Dios, de la moderación en el consumo; la de saber valorar y disfrutar lo que poseemos, sea poco o mucho; es la actitud de la gratitud y de la generosidad. La filosofía de la avaricia es la actitud del inconformismo permanente, de la ansiedad por lo que no poseemos, de la insatisfacción, aunque sea mucho lo que tenemos; es la actitud inconsecuente de la envidia de lo que otros tienen. Calderón de la Barca tiene un fragmento en *La vida es sueño* que dice:

“Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que solo se sustentaba
de unas hierbas que cogía.
¿Habrà otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?
y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que otro sabio iba cogiendo
las hierbas que él arrojó”.

Este día recuerda que hay un Dios en los cielos que te dará lo que necesitas para vivir.

¡Mejor dar que recibir!

“Más bienaventurado es dar que recibir”
(Hechos 20:35).

23
agosto

Aunque estas palabras atribuidas a Jesús no aparecen en los evangelios, pueden pertenecer a la tradición oral o a los escritos que circulaban sobre la vida del Salvador y que Lucas, autor a la vez del Evangelio y del libro de los Hechos, había consultado (Luc. 1:1). Por otra parte, la dicotomía dar/recibir no es extraña al mensaje de Cristo: “De gracia recibisteis, dad de gracia” (Mat. 10:8); “Dad, y se os dará” (Luc. 6:38) y de sí mismo Jesús dijo: “El Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos” (Mat. 20:28).

Dios es el primer y gran Dador de este mundo: el Dador de la vida, el Creador (Gén. 2:7); da simiente al que siembra y pan al que come (2 Cor. 9:10); el que da riqueza, cosechas y frutos al campo (Sal. 147:8, 9, 14-18); el que da a los hombres la ciencia, las fuerzas y el poder de hacer riquezas (Deut. 8:17, 18); Dios es también el que da sabiduría abundante a quien se la pide (Sant. 1:5) y toda buena dádiva y todo don perfecto descienden del Padre de las luces (Sant. 1:17), finalmente, y como resumen de todos los dones de Dios a los hombres, dio a su Hijo, para que todo aquel que en él crea no se pierda más tenga vida eterna (Juan 3:16).

También las Escrituras nos narran ejemplos de generosos dadores humanos (Éxo. 36:5). David también dio para la casa de Dios más de lo ya ofrecido, “por cuanto tengo mi afecto en la casa de mi Dios, yo guardo en mi tesoro particular oro y plata que, además de todas las cosas que he preparado para la casa del santuario, he dado para la casa de mi Dios” (1 Crón. 29:3). Finalmente, Pablo dice de las iglesias de Macedonia que le habían ayudado “conforme a sus fuerzas, y aún más allá de sus fuerzas” (2 Cor. 8:2, 3).

En todos estos casos, el texto bíblico subraya la naturaleza del verdadero dador que no se conforma con cumplir con un deber, sino que va más allá de lo estrictamente necesario, corriendo, con gozo, la segunda milla. Por eso son bienaventurados porque sienten el gozo y privilegio de compartir, porque consideran dar una bendición que los hace sensibles, solidarios y felices, como Dios mismo el gran Dador de este mundo.

Porque hay un Dios en los cielos... haz de este día un día de entrega y servicio a los demás.

24

agosto

La ofrenda de la viuda

.....

“Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo:

‘De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca, porque todos han echado de lo que les sobra, pero esta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento’ ”

(Marcos 12:43, 44).

En 2001, Mozambique pertenecía a la División Euroafricana. Yo me encontraba en Mocuba, al norte del país, para inaugurar y dedicar una hermosa iglesia que había sido construida por Enrique Lerma, un misionero español. Después de los actos de dedicación, el presidente de la Misión invitó a los hermanos a ofrecer donativos. Me quedé asombrado al ver cómo se formaba una enorme fila de cientos de personas que fueron desfilando delante de una mesa y depositando sus ofrendas. Me situé delante de la mesa, quería ver de cerca qué daban y cómo lo hacían. ¡Nunca lo olvidaré! Entregaban al Señor ofrendas muy modestas porque eran muy pobres: algo de arroz, algún arrugado billete de 100 meticais (0,008 dólares estadounidenses), un huevo de gallina, un coco, plátanos, raíces de mandioca... Depositaban la ofrenda con la mano derecha mientras sujetaban la muñeca con la izquierda, en silencio, con devoción, como un signo de entrega total, de reconocimiento y adoración. No pude evitar que las lágrimas afloraran a mis ojos, y recordé aquellas dos blancas de la ofrenda de la viuda que un día contempló Jesús.

La moneda griega de cobre más pequeña era la blanca, equivalente a 1/128 de un denario, que era el salario de un día. Ni entonces ni hoy esos valores son una cantidad apreciable, pero Jesús no estaba mirando las manos que daban, ni cuánto daban; su mirada penetraba hasta el corazón, por eso, llamó a sus discípulos y les dijo: “De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos [...] esta, de su pobreza, echó todo lo que tenía, todo su sustento”.

En el año 2002 inauguramos un sábado la estación misionera de Munguluni (Mozambique). Al concluir el servicio comenzó a llover torrencialmente, los cientos de asistentes se refugiaron debajo de grandes árboles. Yo corría junto a unas hermanas, una de las cuales llevaba algo envuelto en un pañuelo. Le pregunté qué era y me lo mostró. Eran dos plátanos, y me dijo: “Es mi comida, ¿quieres uno?” Como la viuda del evangelio, de su pobreza, quiso compartir conmigo todo su sustento. ¡Qué maravilla!

Que hoy sepas y puedas compartir lo que tienes.

¿Qué, pues, tendremos?

“Entonces, respondiendo Pedro, le dijo: ‘Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?’”

(Mateo 19:27).

25
agosto

En el episodio del joven rico, el Maestro le puso en la disyuntiva de elegir entre el discipulado con Cristo y sus muchas posesiones y, con tristeza, prefirió quedar como estaba y rechazó el camino del renunciamiento.

Entonces Pedro, el más impulsivo de los doce, le preguntó al Maestro: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” Pero Jesús no corrigió, como otras veces, al impetuoso apóstol, ¡sino que aceptó la pregunta! ¿Por qué? Pedro estaba expresando una inquietud universal de todos los hijos de Dios, los que hemos decidido seguir a Jesús aunque ello nos haya traído renunciaciones, privaciones y oposición, amarguras y odio del mundo, ¿qué pues tendremos? Jesús consideró legítima la pregunta porque, ante las renunciaciones del discipulado, el cielo no permanece indiferente o impassible; todo lo contrario, se siente comprometido.

Por eso Jesús respondió: “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mat. 19:29). La respuesta es muy generosa. Es verdad, si el camino para seguir a Jesús tiene necesariamente un componente ineludible de renunciamiento y sacrificios, el fiel discipulado con Cristo, la vida cristiana, comporta bendiciones, privilegios y seguridades que multiplican por cien el valor material o sentimental de las renunciaciones.

Algún tiempo después de estas palabras, Pedro y Juan iban al templo a orar, y en la puerta de la Hermosa un cojo de nacimiento les pidió una limosna. Pedro respondió al mendigo: “Míranos. [...] No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (Hech. 3:4-6). El cojo, ayudado por los apóstoles, se levantó y entró con ellos en el templo saltando y alabando a Dios. ¿Qué tenía Pedro? ¿Qué pudo ofrecer al mendigo? ¿Una limosna? No. Unas monedas hubiesen remediado la situación del cojo de manera temporal, pero ahora, no tendría que volver a pedir más. ¡Estaba curado! Cien veces tanto, dijo Jesús, y la vida eterna. Cuando Pedro estaba cerca del epílogo de su larga vida, escribió unas palabras que expresan la seguridad de la bienaventurada esperanza con la que cerró sus ojos y dejó este mundo: “Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Ped. 3:13).

¿Te preocupa tu futuro? Porque hay un Dios en los cielos... te aseguro que tendrás más de lo que imaginas.

26
agosto

Traperos del tiempo

“Por lo cual dice: ‘Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo’. Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos”
(Efesios 5:14-16).

En otras ocasiones te he hablado del profesor Isidro Aguilar, director de aquella Escuela misionera de Madrid (España) en la que recibí una parte de mi formación pastoral, de las clases recibidas en su casa, de sus magníficos estudios bíblicos, de su sabiduría práctica. Recuerdo uno de sus dichos que nos transmitió como un recurso para cuando se tienen muchas cosas que hacer y se dispone de poco tiempo: hay que ser “traperos del tiempo”; es decir, recoger, aprovechar bien esos momentos cortos, vacíos, perdidos a los que muchos apenas conceden valor o importancia. Esos minutos perdidos por uno y otros, aquí y allá, suman millones de horas malgastadas por la raza humana. Constituyen un verdadero despilfarro, un basurero de residuos de un valor inconmensurable que jamás podremos recuperar.

No se refería el pastor Aguilar a las horas de descanso, de actividad física o de necesario esparcimiento, sino a los minutos que pasan sin percatarnos de ello, cuando estamos adormilados debiendo estar despiertos, cuando “no sabemos qué hacer” o cuando lo que estamos haciendo no es ni provechoso ni imprescindible ni conveniente, horas estériles, ocupaciones triviales, desiertos mentales, simplezas, tonterías, superficialidades, nonadas; cuando, en definitiva, desaprovechamos, malgastamos, despilfarramos el don divino del tiempo, que es la preciosa materia prima de la que están hechas las oportunidades de la vida y las de la salvación.

Se atribuye al escritor griego Nikos Kazantzakis la frase: “Tengo ganas de bajar a la esquina, extender la mano y mendigar, a los que pasan: ‘Por favor, dadme un cuarto de hora’”. La emitió cuando una cruel enfermedad le estaba devorando las entrañas y sentía que el tiempo se le estaba terminando. Y si esto era trágico para el filósofo, poeta y autor de novelas, cuánto más lo debe ser para nosotros que tenemos pendiente una obra de la que depende la gloriosa venida del Señor a este mundo, una misión para la que ya queda muy poco tiempo, aunque todavía hay miles y millones que aún no conocen a Dios. ¿Encontraremos retazos de nuestro tiempo para ofrecer al Señor? ¿Cuándo tendremos tiempo de ocuparnos de familiares, amigos y vecinos? Necesitamos vivir en estos tiempos difíciles “no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo”. Necesitamos ser “traperos del tiempo”.

Este día pídele a Dios que te ayude a usar sabiamente tu tiempo.

El gigante de los pies de barro

27
agosto

“En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte se desprendió una piedra sin que la cortara mano alguna, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro”

(Daniel 2:44, 45).

Recuerdo que, cuando empecé a estudiar la Biblia y me explicaron la profecía de la estatua de Daniel 2, quedé maravillado por la correspondencia entre la interpretación de los diferentes metales de la estatua y su exacto cumplimiento en la sucesión de imperios que nos enseña la historia antigua. Y es que ninguna otra profecía bíblica ha contribuido tanto como esta en la confirmación de la soberanía de Dios en la historia del mundo.

Aquel coloso metálico de cabeza de oro, pecho y brazos de plata, vientre y muslos de bronce, piernas de hierro y pies de hierro mezclado con barro que el rey vio en sueños, era en realidad un gigante con los pies de barro. Después, el monarca vio cómo una piedra no cortada por mano humana cayó sobre los pies de la estatua y la desmenuzó, convirtiéndola en polvo que se lleva el viento sin dejar rastro y, en su lugar, aquella roca llegó a ser una montaña que llenó toda la tierra. Daniel dio la siguiente interpretación al sueño del gobernante: la cabeza de oro representaba al propio rey Nabucodonosor y su imperio; respecto a los otros metales de la estatua, representaban la sucesión de grandes imperios hasta el final de la historia y el establecimiento del reino eterno de Dios.

Durante casi veinte siglos la interpretación tradicional de judíos y cristianos ha coincidido en ver en los cuatro metales de la estatua: Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma. En cuanto a la piedra, muchos son los que ven en la roca un emblema de Cristo viniendo en las nubes de los cielos, al final de los tiempos. En efecto, la historia de las naciones es como un imponente gigante de aspecto terrible, pero con los pies de barro, una historia que no prevalecerá porque el Dios del cielo la hará desaparecer con la venida del Rey de reyes y Señor de señores.

Porque hay un Dios en los cielos... podemos estar seguros de que la profecía de la segunda venida de Jesús se cumplirá con la misma precisión y exactitud que la sucesión de los imperios.

La fe profética de nuestros padres

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día amanezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones”

(2 Pedro 1:19).

Una vez, en Santa Cruz de Tenerife (España), un periodista que me estaba entrevistando, después de hacerme las preguntas rutinarias habituales, me dijo: “Dígame, ¿es la Iglesia Adventista un producto más de la colonización religiosa de los Estados Unidos de América?” La respuesta a esta pregunta tenía que demostrar cuáles eran las verdaderas raíces de nuestra iglesia. Como organización religiosa tenemos un origen reciente, pero nuestra principal doctrina que da nombre a nuestra iglesia es la recuperación para el cristianismo contemporáneo de una verdad inherente al mensaje de Cristo y compartida por todos los creyentes, desde el Edén hasta nuestros días.

La Biblia es un mensaje de promesa y la historia de la salvación es la historia de la promesa divina que crea un estado de expectativa y mantiene la certeza en el corazón de los creyentes. Todo el Antiguo Testamento está orientado hacia el anuncio profético del advenimiento del Mesías. Por lo menos, 1.527 veces se hace mención del advenimiento en el Antiguo Testamento. La espera es parte de la esencia del advenimiento. El Nuevo Testamento también es un mensaje de esperanza en el segundo advenimiento del Salvador, citado 319 veces en sus textos. Oscar Cullmann dice al respecto: “Esperar según el Nuevo Testamento no puede ser otra cosa que esperar en su advenimiento. Sacrificar la esperanza de la iglesia, o reemplazarla por otra esperanza, es abandonar al mismo tiempo la verdadera fe porque es destruir el esquema de la Historia de la salvación que constituye el comienzo, el centro y el final de la Biblia” (*Le retour du Christ*, p. 19).

La fe en la segunda venida de Jesús ha existido a lo largo de la historia de la iglesia, como dice Le Roy Edwin Froom en *The Prophetic Faith of our Fathers* [La fe profética de nuestros padres]. El cristianismo genuino es necesariamente adventista; lo dice Karl Bath: “El cristianismo que no sea totalmente y en su integridad escatología (esperanza) no tiene nada en absoluto que ver con Cristo” (*Der Römerbrief*, p. 298).

“Estas son nuestras verdaderas raíces –le dije al periodista–, el haber nacido coyunturalmente en los Estados Unidos es una simple eventualidad histórica”.

La palabra profética es una prueba contundente de que hay un Dios en los cielos...

Vendré otra vez

.....

29
agosto

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.

En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.

Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis”

(Juan 14:1-3).

“Vendré otra vez”, así nació la esperanza bienaventurada de los cristianos en el segundo advenimiento de Cristo. Estas palabras abrían de nuevo una esperanza mesiánica. Pero esta venida no se puede confundir con la primera, ni tampoco con el encuentro personal con Cristo en el proceso de la salvación, ni como algunos han dicho, con la llegada del Consolador prometido que lo representa. La segunda venida de Cristo es la consumación final de la obra redentora que realizó en la primera: “Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que lo esperan” (Heb. 9:28).

“La proclamación de la venida de Cristo debería ser ahora lo que fue la hecha por los ángeles a los pastores de Belén, es decir, buenas nuevas de gran gozo. Los que aman verdaderamente al Salvador no pueden menos que recibir con aclamaciones de alegría el anuncio fundado en la Palabra de Dios de que Aquel en quien se concentran sus esperanzas para la vida eterna volverá, no para ser insultado, despreciado y rechazado como en su primer advenimiento, sino con poder y gloria, para redimir a su pueblo” (*El conflicto de los siglos*, p. 338).

“Vendré otra vez”, la promesa, resuena como un eco cada vez que el Nuevo Testamento menciona la esperanza en el glorioso advenimiento. Impregna decisivamente la vida de la iglesia en un programa de esperanza activa y comunicativa. Es el referente ilusionado del saludo de los primeros cristianos, Maranata, ¡el Señor viene! Orienta la aplicación práctica de la reflexión teológica de las epístolas. Da al concepto tiempo un sentido salvífico para el mundo, como tiempo de gracia y, para la iglesia, se convierte en la oportunidad, el tiempo para obrar y concluir la misión. Finalmente, “Vendré otra vez” es la llave que clausura los oráculos sagrados, las revelaciones bíblicas que Dios ha dado al mundo: “Ciertamente vengo en breve. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (Apoc. 22:20).

Porque hay un Dios en los cielos... te aseguro que Jesús regresará pronto en las nubes de los cielos en la gloria de su Padre (Mat. 16:27).

30
agosto

Voces del cielo

.....

“Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios”

(Lucas 21:31).

La sociedad judía del tiempo de Jesús estaba imbuida de falsas esperanzas mesiánicas que llegaron a seducir incluso a los propios discípulos de Jesús. Esenios, fariseos y zelotes tenían todos algo en común: la espera de la inminente aparición del Mesías, jefe espiritual y militar, para establecer el reino teocrático de Israel que sometería a todas las naciones paganas bajo el cetro de la monarquía restaurada de David. La respuesta de Jesús a sus discípulos, en el sermón profético, tuvo como fin corregir esas expectativas y no dejarlos en la incertidumbre con respecto a su venida. Su mensaje es conminatorio y tranquilizante a la vez. Las señales del fin son más llamamientos de la gracia divina a la preparación espiritual durante la espera que indicadores cronológicos; deben entenderse globalmente como tendencias más que como hechos aislados.

El libro de Apocalipsis ha sido llamado el libro de las voces del cielo. Y si las voces del cielo han sido permanentes a lo largo de toda la historia de este mundo, en el tiempo del fin, esas voces se intensifican, se hacen más frecuentes, más perentorias, más fuertes. Son como el ruido de muchas aguas, como el retumbar de siete truenos, como un león cuando ruga, como la voz de una gran compañía, como el sonido de una trompeta. Esas voces del cielo son como gritos que Dios dirige a la humanidad y a la iglesia para anunciarles la proximidad de su venida. Esas voces en creciente intensidad son las señales de los tiempos, los acontecimientos, las catástrofes y desastres que están ocurriendo hoy en la sociedad, en la política, en la economía, en la naturaleza.

Aun así, hay muchos que desconocen este mensaje. ¿Por qué? He aquí la respuesta: “Es resultado de un esfuerzo del príncipe de las tinieblas para ocultar a los hombres lo que revela sus engaños. Por esto Cristo, el Revelador, previendo la guerra que se haría al estudio del Apocalipsis, pronunció una bendición sobre cuantos leyesen, oyesen y guardasen las palabras de la profecía” (*El conflicto de los siglos*, p. 341).

Pero las señales de los tiempos son también mensajes de amor y de gracia que advierten para salvar, que muestran que el Señor no quiere que nadie perezca, “sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Ped. 3: 9), que crecen y se intensifican al mismo ritmo que lo hace el mal.

Hoy te invito a estudiar las profecías bíblicas y a estar atento a las señales que te anuncian el pronto regreso de Jesús a este mundo.

Falsos cristos y falsos profetas

31
agosto

*“Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas,
y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán,
si es posible, aun a los escogidos”*
(Mateo 24: 24).

El periódico suizo *Le Matin* publicó el 16 de diciembre de 1996 una interesante noticia. El Estado de Israel estaba estudiando un proyecto, *Apocalipsis en el año 2000*, en el que se pretendía invitar a los turistas a presenciar el fin del mundo en Meguido, lugar donde la Biblia sitúa el Armagedón. Usando las tecnologías más innovadoras y las convencionales querían reproducir escenas apocalípticas del triunfo final del bien sobre el mal. Esta “Disneylandia escatológica” tenía una finalidad comercial, atraer a diez millones de visitantes cristianos. El Vaticano, sin saberlo, iba a colaborar, pues de 1997 a 2000, los peregrinos que visitasen Tierra Santa recibirían una indulgencia especial del papa.

En los medios teológicos se ha producido un proceso de secularización de la esperanza. Además, se han desarrollado varias ideas que afirman que la realización de la esperanza cristiana se produce a través de acontecimientos históricos generados por los seres humanos. Por si fuera poco, la vulgarización y trivialización con la que algunos han tratado el fin del mundo y su corolario, la segunda venida de Cristo, han dado lugar a que este tema se haya convertido en algo incierto, fantástico, irrisorio, especulativo e irreal para los más escépticos.

Es evidente que toda esa parafernalia grotesca de la que se ha rodeado el advenimiento del Señor es una señal de los tiempos que cumple la advertencia de Cristo: grandes señales y prodigios de falsos cristos y supuestos profetas que seducirían incluso a los escogidos. Por eso tenemos que estar prevenidos, pues se tratará de ridiculizar nuestro mensaje y poner en duda la esperanza adventista. Sin embargo, esta esperanza es la gran respuesta que la iglesia tiene hoy para el hombre posmoderno, cargado de inquietudes respecto al futuro, totalmente intoxicado y confundido por la depauperación que han sufrido las expectativas de la esperanza cristiana. Jesús advirtió que antes de su venida habría muchos charlatanes y engañadores predicando disparates con Biblia en mano para engañar a mucha gente, incluso a algunos adventistas, quienes pagarían muy caro su descuido en el estudio de las Escrituras, dando oídos a estos embaucadores, y siguiendo su “comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias pasiones” (2 Tim. 4:3). Lamentablemente, “apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios, de hipócritas y mentirosos, cuya conciencia está cauterizada” (1 Tim. 4:1, 2).

¿Estás preparado para mantenerte fiel a la Santa Palabra de Dios?